

CAMINOS, GUACAS Y EL REDUCTO FORTIFICADO DE CERRO EL PERAL: INSTALACIONES PARA EL CONTROL INCA DEL PASO DE CHADA, CHILE CENTRAL

Rubén Stehberg

Curador Jefe del Área de Antropología. Museo Nacional de Historia Natural, Santiago;
ruben.stehberg@mnhn.cl

RESUMEN

Se presentan los resultados obtenidos en la excavación arqueológica y estudio de un sitio monocomponente del período Tawantinsuyu ubicado en la cima de un cerro de Quebrada del Inca, en la parte media y sur del valle del Maipo. Se analiza su función a la luz de los antecedentes etnohistóricos y arqueológicos disponibles y se concluye que fue contemporáneo a otros sitios incaicos existentes en el sector de Chada, con los que conformó un sistema de instalaciones destinadas a la sacralización y control del vital paso vial del cordón de Angostura, hacia el valle de Cachapoal.

Palabras clave: Tawantinsuyu, fortificación, Inca, vialidad

ABSTRACT

Roads, guacas and fortified place of El Peral hill: architectonic installations for the Inca control of the Chada path. Results obtained from the archaeological excavation of a site from the Tawantinsuyu period on the top of the Quebrada del Inca hill, located in the south central part of Maipo valley. Its function is analyzed in light of available ethnohistorical and archaeological evidence, concluding that it was contemporary to other Inca sites within the Chada area, participating in a network of installations destined to the consecration and control of the vital path of the of Cordon de Angostura, towards Cachapoal valley.

Key words: Tawantinsuyu, Chada, Inca fortress.

INTRODUCCIÓN

El año 1994 se inició el estudio de las Ruinas de Chada, ubicadas a 52 km al sur de la ciudad de Santiago (33°53'S-70°39'W), en una rinconada que está delimitada hacia el oriente por la cordillera andina y al sur y poniente por los cerros del cordón de Angostura. A su vez, se sitúa a 400 m al oeste del camino real antiguo, cuyo trazado pasaba por el portezuelo de Chada para seguir en dirección sur (Stehberg *et al.* 1998a).

Este hallazgo tiene relación con información documental del siglo 16 proporcionada por el cronista Gerónimo de Bibar, 1979[1558]:

“En una sierra de una parte de angostura hacia la cordillera...Allí poblaron un pueblo, los cuales cimientos están hoy en día, y no digo de ellos por estar tan arruinados”.

Las investigaciones realizadas en el sitio confirmaron que las Ruinas de Chada y un extenso sitio habitacional que existió a sus pies, correspondieron a las mencionadas por el cronista, conservándose algunos de los mismos cimientos observados hace más de 400 años. Cabe destacar que Bibar fue testigo presencial y escribió que hasta el cordón de Angostura llegaron los Incas, fueron los constructores del poblado y que al sur de este punto no pasaron.

Con relación a esta última afirmación, debe mencionarse que existe una importante diferencia respecto a los resultados obtenidos por las modernas investigaciones arqueológicas. En efecto, los hallazgos de sitios de clara adscripción inca en el valle de Cachapoal, especialmente la fortaleza de Cerro Grande de La Compañía (Planella *et al.* 1993), y el adoratorio de cerro Tren Tren (Stehberg y Rodríguez 1995), confirman el desarrollo de actividades militares, económicas y religiosas por parte del Tawantinsuyu, al sur del cordón de Angostura. También se ha propuesto que el camino incaico avanzaba hasta por lo menos el río Cachapoal y no se descarta que se continúen encontrando vestigios del Tawantinsuyu aún más allá (Pal-

quibudí, río Mataquito: Andrade *et al.* 2012). Respecto a la situación del adoratorio de cerro Tren Tren en Doñihue, se trata de una interesante actividad sincrética entre grupos diaguitas incaizados y mapuches del valle, para la cual se postula un alcance muy local y del cual no se conoce su exacta antigüedad, pudiendo ser, incluso, postcolombino, como lo señala la única fecha obtenida (Stehberg y Rodríguez 1995).

Dillehay y Gordon (1988) señalan que el Estado Inca no tuvo el mismo tipo de fronteras que los estados modernos que suelen tener demarcaciones muy precisas, sino que se trataría de límites más difusos y fluctuantes y es altamente posible que existieran distintos tipos de fronteras, según se tratara de límites políticos, religiosos, militares o económicos. Sus investigaciones en Araucanía demuestran que las influencias Tawantinsuyu incluyen la esfera ideológica y lingüística mapuche proponiendo que la zona sur fue objeto de intercambio económico y visitado por exploradores mineros durante este período.

En este sentido, habría que preguntarse a qué tipo de frontera se refiere el cronista Bibar cuando menciona a Angostura como límite sur de la expansión incaica. La respuesta puede provenir de las mismas Ruinas de Chada. Esta instalación presenta una arquitectura compleja en torno a un agujero central, representada por un trazado de sus cimientos de forma circular y perimetral con sofisticadas entrantes y salientes que siguen los principios de la dualidad, la tripartición y la cuatripartición (Figura 1), características particulares que no es posible observar, reunidas de esta forma, en ningún otro sitio incaico de nuestro país. Por

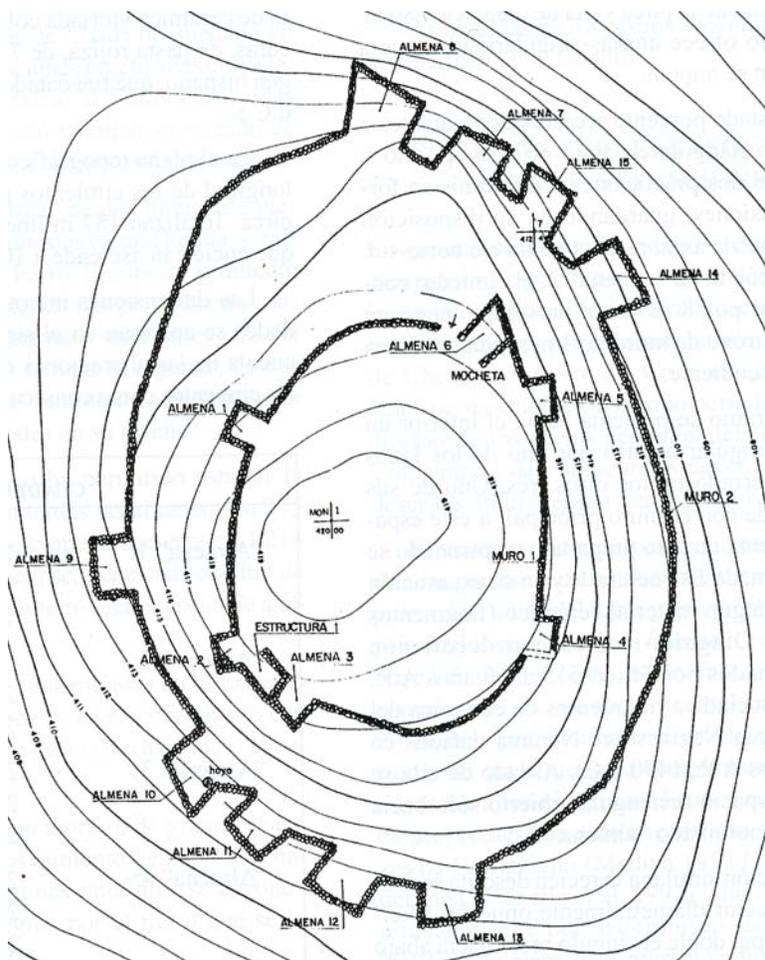


FIGURA 1. Ruinas de Chada (Stehberg *et al.* 1993-98).

tal motivo planteamos, siguiendo al arqueólogo australiano Ian Farrington (Comunicación personal, junio 1998) que se trata de una “guaca” (lugar sagrado) y cuyo alcance fue estatal (a diferencia de cerro Tren Tren cuyo alcance fue local), estrechamente relacionada con el culto a Waira Wasi, y cuya existencia fue reconocida y aceptada desde la misma capital del Cuzco. De ser así, Chada constituiría la última frontera religiosa sur reconocida oficialmente por el Tawantinsuyu. Aparentemente, su importancia siguió vigente durante los primeros años de la conquista europea, situación que motivó al cronista Bibar el deseo de visitarla personalmente y luego incluirla en su libro.

El cordón de Angostura fue, también, una frontera étnica entre la cultura Aconcagua (900-1540 d.C.), que tuvo asentado en la rinconada de Chada a una importante población (Planella y Stehberg 1997) y, los grupos indígenas de más al sur de la Angostura, los cuales resistieron fuertemente la invasión, lo que les valió el apelativo despectivo en idioma quechua de *purun aucas*, castellanizado a Promaucaes.

Además, Chada fue el paso obligado entre los valles de Maipo y Cachapoal que había que defender y controlar para garantizar la seguridad de los mitimaes y aliados locales y para asegurar la futura ampliación del dominio incaico a las tierras y poblaciones Promaucaes. Aquí radicó la importancia estratégica del sector para el Tawantinsuyu y la consiguiente sacralización de su paisaje, mediante la introducción del culto a Waira Wasi y la edificación de la mencionada guaca.

Las instalaciones arquitectónicas de Chada quedaron ubicadas, asimismo, en una posición equidistante y a sólo una jornada de marcha, entre las instalaciones defensivas del pucara de Chena, en el curso medio del río Maipo y las de la fortaleza de Cerro Grande de La Compañía, en el curso medio del Cachapoal, todas en directa conexión al Qhapaq Ñan (camino Inca principal), que atravesó longitudinalmente el área.

Debemos al Doctor Patricio Romero, miembro de la Corporación Cultural de Buín, darnos a conocer este importante sitio y al Doctor Patricio Urquieta por habernos puesto en contacto. El estudio fue concretado gracias al permiso y apoyo brindado por Andrés Pérez Cruz, propietario del terreno donde se emplaza el yacimiento arqueológico y, a la autorización otorgada por el Consejo de Monumentos Nacionales (Ord. N° 1194 del 26 de Abril 2004.).

Este artículo tiene por propósito dar a conocer este nuevo sitio, determinar su antigüedad, su adscripción cultural y evaluar el papel que le cupo desempeñar en el sistema de ocupación Tawantinsuyu del valle del Maipo.

Etnohistoria del valle de Chada

A continuación se proporciona una síntesis del estudio etnohistórico realizado por Carolina Odone (1997) que permitió conocer, desde la perspectiva de la documentación europea, las características del espacio indígena del valle de Chada durante y después de la llegada del Tawantinsuyu y del conquistador español.

Gerónimo de Bibar, a pocos años de fundada la ciudad de Santiago, se refirió a este valle y Angostura y señaló la importancia y significado que tuvo este lugar en el proceso expansivo incaico:

“...está esta provincia de los poromocoes que comienza de syete leguas de la çiudad de Santiago qu’és vna angostura y ansy la llaman los españoles estos cerros que hazen vna angostura y aquí llegaron los yngas quando vinieron a conquistar esta tierra. Y de aquí adelante no pasaron. Y en una sierra de una parte de angostura hazia la cordillera toparon una boca y cueva, la quan está oy dia y estara. Y d’ella sale viento y avn bien rezzio. Y como los yngas lo vieron fueron muy contentos, porque dezian que avian hallado “guayra vaçz” qu’és tanto como sy dixese “la casa del viento”. Y allí poblaron vn pueblo, los quales cimientos estan oy dia, y no digo d’ellos por estar tan arruinados (Bibar 1979[1558]: 164).

Odone destacó dos elementos de esta cita: primero, que se reconocía expresamente que el espacio de la Angostura fue un área de influencia y presencia inca, materialmente asociada con una construcción habitacional. Segundo, que el paisaje de la Angostura era valorizado en cuanto un espacio simbólico; ahí se encontraba la casa donde habitaba el viento. Esta señal del paisaje recogida por el europeo podría estar

relacionada con un sistema simbólico incaico de lectura y organización de los espacios:

“...había en este tercero (el del Collasuyu) nueve ceques y en ellas ochenta y cinco adoratorios o guacas(...). La octava, Guayra, es una quebrada de la Angostura a donde contaban que se metía el viento. Hacíánle sacrificio cuando soplaban recios vientos” (Cobo 1964[1653]: 31-32).

Agregó que ambos cronistas (Bibar y Cobo), al referirse a fenómenos orográficos llamados de “angostura”, recogieron una tradición andina que informaba acerca de la organización espacial, ritual y simbólica del Tawantinsuyu.

Documentos españoles posteriores citados en el artículo de Odone, se refirieron al “*portezuelo cassas del inga*” relacionado con el “*camino del ataxo*” que pasaba por este portezuelo (del Principal de Córdoba, en Pirque) ubicado en tierras del valle de Maipo y que se comunicaría con el Camino Real de la Angostura (Figura 2). A esta red de caminos se agregaba un tercero que tenía especial interés para nuestra investigación:

“(...) bajando el portezuelo que oy se uza para la Angostura por donde ba el camino que ba a la puente de maypo a la mano derecha fuera del dicho camino y de otro antiguo que llaman del Portezuelo viejo quedando ambos caminos a la mano izquierda yendo de esta ciudad (...)” (R.A. Vol. 409, pza. 1, años 1663-1665: f 14 v. Extraído de Odone 1997:194).

Este sendero se identificó en la Figura 2 como “*Sendero antiguo del Principal de Córdoba a Chada por Quebrada del Inga*” y pasaba al pie del sitio arqueológico El Peral. Lo interesante es que el documento del siglo XVII lo califica como un camino antiguo que pasaba por el Portezuelo viejo. Esta precisión acerca de su antigüedad es importante porque era la manera que utilizaban comúnmente los españoles para referirse a los caminos prehispánicos. Esta referencia, aparte de su trazado siguiendo el pie de la cordillera y aprovechando portezuelos, nos lleva a proponer su posible origen incaico, lo cual sería concordante con la toponimia del sector que alude a la presencia Tawantinsuyu (Quebrada del Inca, Puente del Inca) y a la instalación arqueológica El Peral, de ese mismo origen y con la que se encontraría física y estratégicamente relacionada.

Estaríamos en presencia, entonces, de los principales elementos materiales y simbólicos que utilizó el Tawantinsuyu para expandir su dominio sobre estos nuevos territorios “habitados por comunidades indígenas dispersas en distintas porciones de los valles y que contaban con una estructura social y política basada en la autoridad de un cacique” (Odone 1997:195). El resultado de lo anterior era un nuevo orden, donde se reconocieron espacios y se fijaron límites que serían respetados aún después del colapso del Tawantinsuyu. Así por ejemplo, una mensura realizada a fines del siglo XVII, donde se refieren en voces indígenas a los límites territoriales impuestos al espacio que correspondía a la población del valle se señaló:

“(...) y queriendo continuar la dicha mensura corriendo para el estero del Inca lo contradijeron los indios del pueblo de Chada disiendo no aver sido las dichas tierras pertenecientes al dicho pueblo...” (Odone (1997: 205).

Es decir, casi 200 años después de colapsado el Tawantinsuyu, los descendientes de la población local seguían reconociendo como ajenas las tierras colindantes al estero del Inca.

Este nuevo orden no alcanzó a durar mucho. Al poco andar, “el espacio indígena de Chada se vio alterado por la incorporación de una serie de lógicas españolas que desde distintos ámbitos, como lo administrativo-religioso, lo espacial y lo económico, entre otros, fueron desarticulando la relación existente entre las poblaciones indígenas y sus formas de ocupación de un territorio y de sus recursos. En Chada, la posesión de tierra y de ganado fue una de las articulaciones centrales que permitieron que el español hiciese visible su presencia y autoridad. Así, ”el espacio indígena de Chada se va convirtiendo en un territorio empobrecido y despoblado. Sus habitantes, paulatinamente, van disminuyendo. Muchos de ellos se movilizan a otras áreas cercanas y distantes. Otros, son trasladados a estancias vecinas...Algunas familias permanecerán, como la de los Cheuqueante.” (Odone *op cit.*).

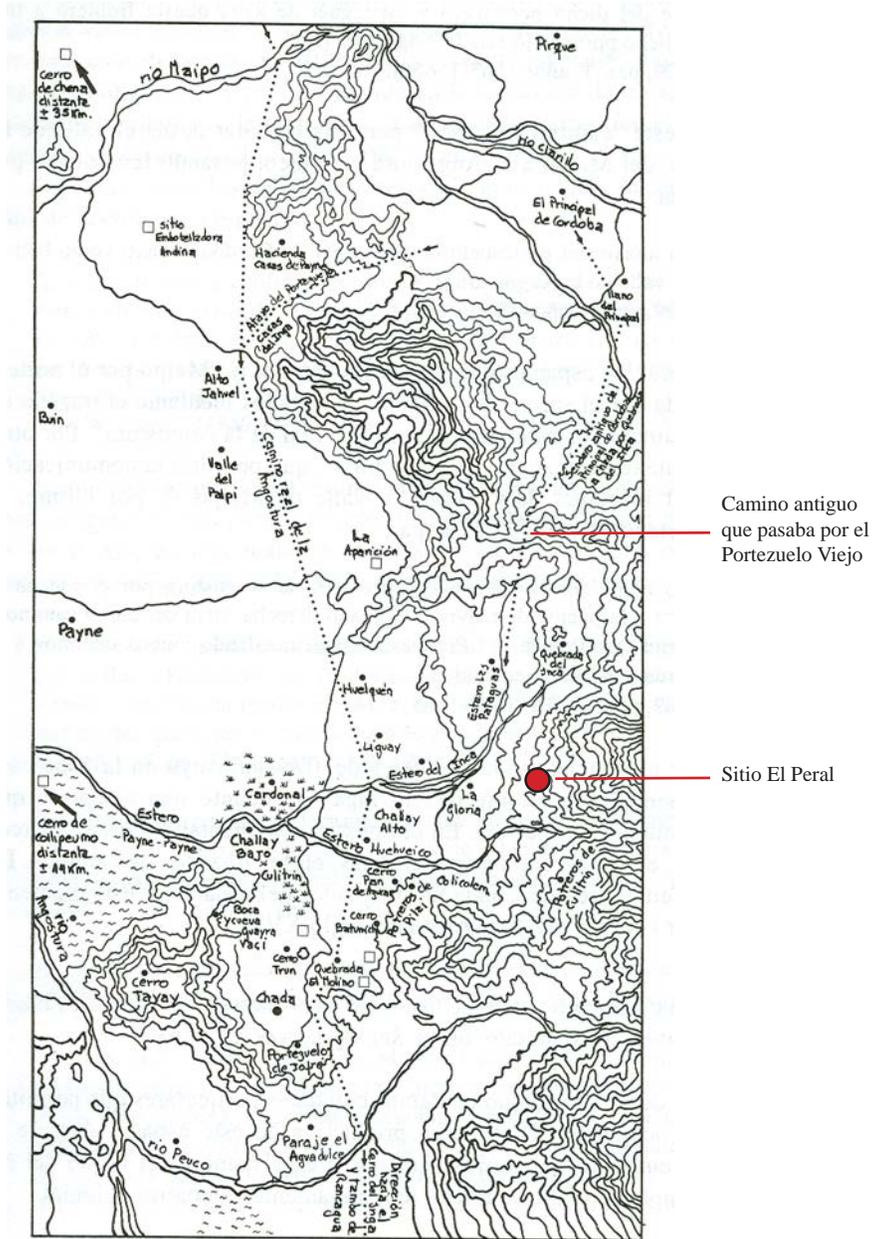


FIGURA 2. Toponimia del espacio indígena de Chada. Mapa extraído de Odone (1997: 193). Muestra la localización del sitio El Peral y del “Sendero antiguo del Principal de Córdoba a Chada por Quebrada del Inca”.

MATERIALES Y MÉTODOS

Los trabajos en terreno, realizados entre el 8 y 11 de noviembre 2004, contemplaron excavaciones arqueológicas que incluyeron cuadrículas paralelas a los muros y cuadrículas en puntos representativos de la instalación arquitectónica. La Cuadrícula 1, midió 3 x 0,5 m y se excavó paralela al muro perimetral, por su lado interior, en el sector W del sitio. La Cuadrícula 2, tuvo iguales dimensiones y se trazó paralela

al muro perimetral, por el lado interior, en el sector SW de la instalación. La Cuadrícula 3, de 1 x 2 m, se delimitó en forma perpendicular por el interior del muro perimetral en su costado NE. La Cuadrícula 4, se trazó en lo que podría corresponder a una estructura junto al muro perimetral. La Cuadrícula 5, de 8 x 0,5 m se trazó al interior de una almena con el objeto de determinar su relación con el muro perimetral. Las excavaciones se extendieron en todos los casos hasta llegar a la matriz rocosa del cerro. Al finalizar los trabajos de terreno, todas las excavaciones fueron cubiertas con los sedimentos que se habían extraído de ellas.

Las excavaciones siguieron una estratigrafía natural la cual, cuando fue necesario, se subdividió en estratos artificiales de 5 en 5 cm. Las excavaciones siguieron una estratigrafía artificial de 5 en 5 cm y los sedimentos fueron tamizados en malla de 0,4 mm. Dada la ausencia de material cultural en superficie, no se efectuó recolección superficial. En la campaña de campo participaron los arqueólogos Rafael Labarca y el autor del artículo, con la colaboración de Carolina Gatica, Omar Torres y Macarena Pérez.

Con el propósito de obtener dataciones absolutas del material cerámico se instaló junto a la Cuadrícula 2 y a 20 cm de profundidad un dosímetro TL, el cual permaneció en el lugar entre el 08 de noviembre de 2004 y el 13 de abril del año siguiente. Una vez finalizada la excavación se efectuó un plano de la instalación utilizando huincha y brújula. Se registró en un plano las piedras constituyentes del muro y se achuraron las áreas excavadas. Gracias a la nivelación de la línea de referencia, pudieron definirse algunas curvas de nivel. Los trabajos en terreno fueron documentados mediante el uso de un cuaderno de campo y dibujos en papel milimetrado. Los materiales recolectados fueron embolsados, etiquetados y trasladados al laboratorio de Arqueología del Museo Nacional de Historia Natural para su correspondiente análisis.

En el Laboratorio los fragmentos cerámicos fueron lavados, secados y marcados individualmente. Luego fueron clasificados siguiendo los procedimientos habituales para este tipo de material. Una muestra de cerámica fue seleccionada y enviada al Laboratorio de Termoluminiscencia de la Universidad Católica de Chile, a cargo del físico Alvaro Román.

RESULTADOS

A continuación se proporcionan los resultados obtenidos en los trabajos de terreno y los análisis efectuados posteriormente en el Laboratorio de Arqueología del Museo Nacional de Historia Natural.

Localización geográfica

El sitio descubierto se emplaza en la falda poniente del cerro El Peral, a 720 msnm, al interior del fundo El Peumo de propiedad de Andrés Pérez Cruz, en el sector de Huelquén, Comuna de Paine. Se accede por el camino de Alto Jahuel que corre al pie de la cordillera andina.

La carta San Francisco de Mostazal 3345-7030 escala 1:50.000 del Instituto Geográfico Militar (Chile) muestra como el sector de Quebrada del Inca, La Gloria y cerro El Peral es cruzado longitudinalmente por un sendero, el cual pasa exactamente al pie poniente del cerro El Peral. Este sendero correspondería al tramo del Qhapaq Ñan, el cual fue reutilizado durante la Colonia para unir el valle de Pirque con el portezuelo de Chada (Figuras 3 y 4).

Estado de conservación del sitio.

El sitio, al momento de nuestra llegada, se encontraba cubierto de una vegetación de especies nativas y espino. Apenas se divisaban las piedras que conformaban los cimientos de los muros y éstas se hallaban cubiertas por la depositación natural del lugar. Asimismo, la mayoría de las piedras visibles en superficie exhibían desplazamientos desde su posición original. De los muros, si los hubo, no quedaba ningún rastro y las piedras caídas eran tan escasas que difícilmente alcanzarían para levantar una segunda hilada. Quizás, en algún momento, los bloques rocosos fueron retirados por los lugareños para utilizarlos en otras edificaciones. En superficie no se encontraron restos culturales, excepto los bloques rocosos señalados.

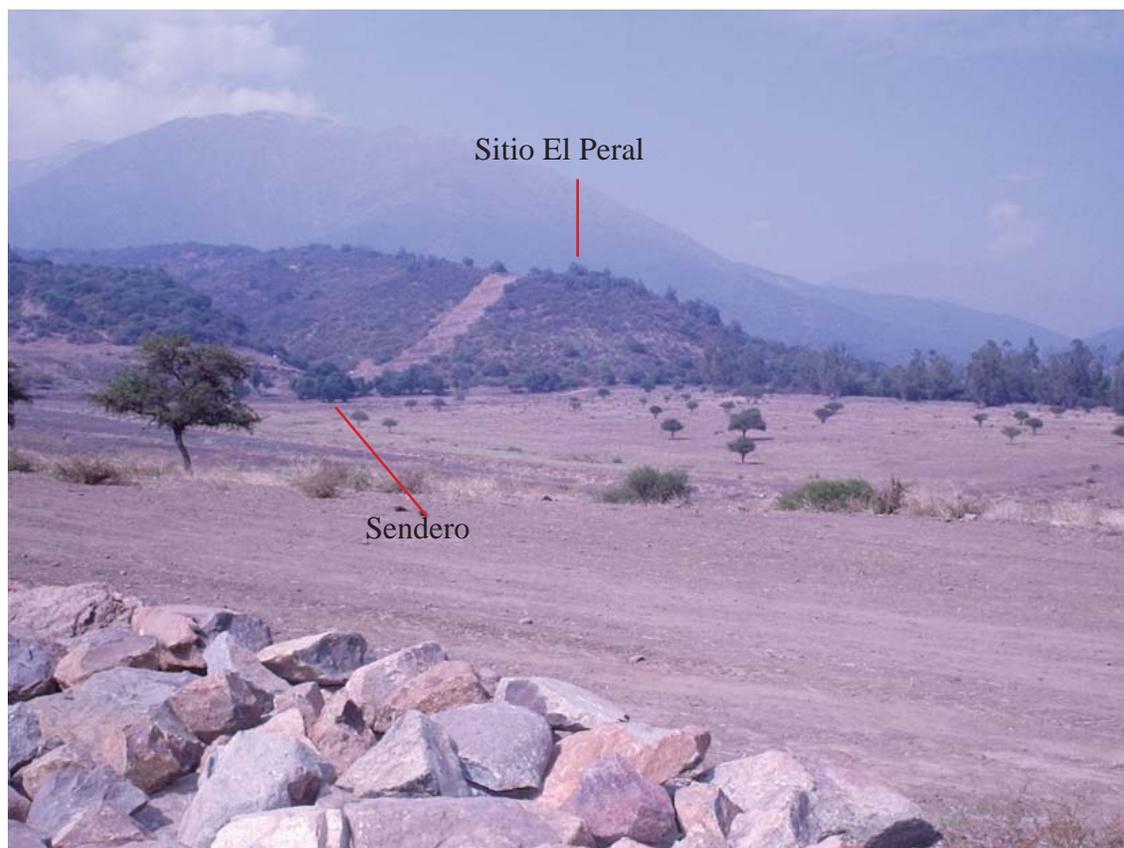


FIGURA 3. Cerro El Peral y el sendero antiguo del Principal de Córdoba a portezuelo Chada.

En las excavaciones aparecieron algunos trozos de alfarería en un estado muy fragmentado.

También se evidenció un proceso de erosión bastante fuerte, el cual se advirtió en la superficie de algunos restos cerámicos que presentaron sus caras redondeadas o habían perdido parte de su cubierta o pintura.

Los lugareños señalaron que antiguamente se extraía mucho carbón de este cerro. Angel Barra, antiguo habitante de Quebrada El Inca, contó que en tiempos de su padre y abuelo vivía mucha gente en el sector, pasaba un camino de carretas al pie oriente del cerro y abundaba el ganado vacuno y caballar. Es posible que la actividad de carboneo fuera responsable de la alteración de los cimientos del sitio; la ganadería, del grado de fragmentación que exhibía la cerámica y los habitantes, de la extracción de las piedras de los muros. De hecho existió en el sector una casa con muros de piedra, cuyo material pudo obtenerse del sitio.

Actualmente, el entorno del lugar está experimentando algunas transformaciones producto del paso, a menos de 50 m de distancia hacia el oriente, de un gasoducto y de actividades de hermoejamento y deforestación del cerro. Para proteger el sitio histórico, el actual propietario lo cerró mediante un vallado de madera.

Excavaciones arqueológicas

Las excavaciones alcanzaron escasa potencia, debido a que el piso rocoso apareció a escasa profundidad. Se obtuvieron los siguientes resultados:



FIGURA 5. Vista del cimientó del muro perimetral y la excavación de la Cuadrícula 1.



FIGURA 6. Se aprecia el típico patrón arquitectónico Inca Provincial de doble muro relleno con argamasa de barro.

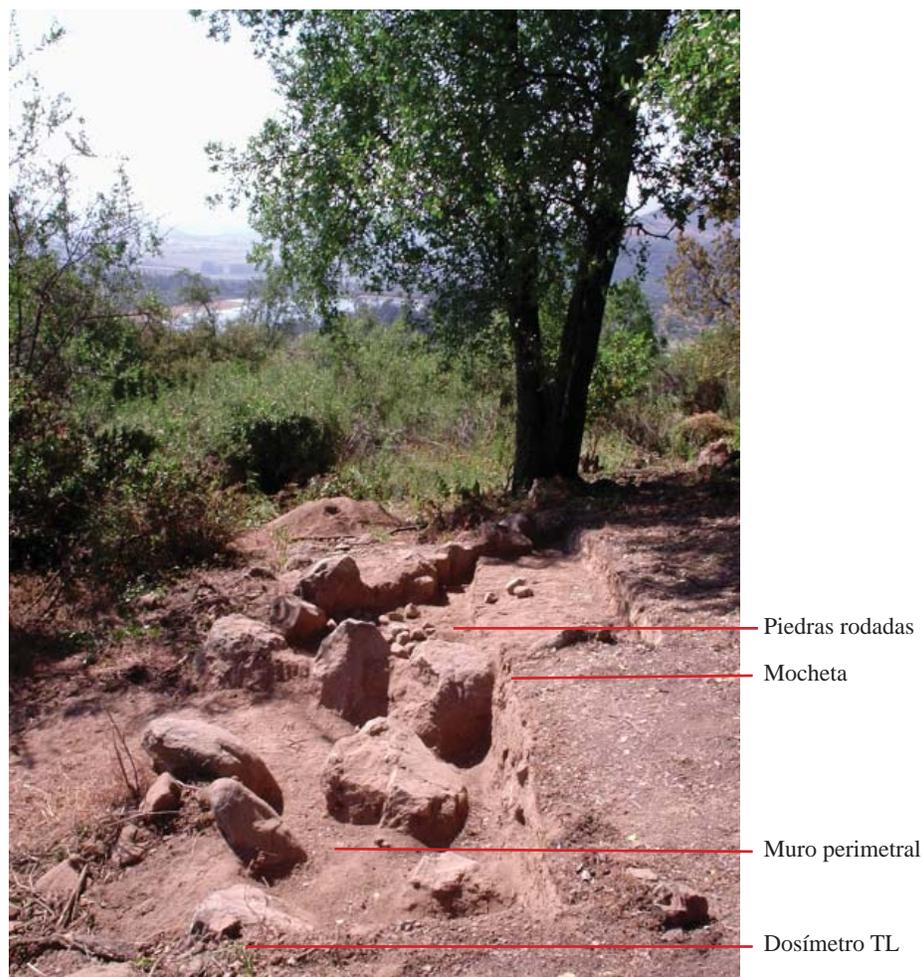


FIGURA 7. Excavación de Cuadrícula 2 y su ampliación. Muestra el muro perimetral, parte de la mocheta y la acumulación de piedras rodadas de río.

excavación permitió identificar un balcón o almena, en mal estado de conservación, similar a la encontrada en las Ruinas de Chada (Stehberg *et al.* 1998a). Mostró la mayor cantidad de fragmentos cerámicos del sitio, especialmente en un sector interior con abundantes bloques pequeños. Se halló una piedra rodada (Figura 8).

Cuadrícula 5: su excavación aportó la mayor cantidad de fragmentos cerámicos del sitio y dos piedras rodadas (Figura 8).

Arquitectura

Los restos visibles de la instalación estaban constituidos por el cimiento de un muro de forma ovoidal de 36 m de diámetro máximo y 28 m de diámetro mínimo, bien adaptado a la topografía bastante horizontal que presentaba el cerro El Peral en ese sector (Figura 9). Los bloques rocosos estaban semicanteados, tendían a la forma paralelepípeda, poseían medidas variables entre 25 y 30 cm de largo y 20 a 25 cm de ancho y habían sido traídos al lugar y colocados en el piso formando un doble muro de 70 a 80 cm de ancho, dejando espacios entre medio que fueron rellenados con argamasa de barro (Figura 6). Es muy posible que haya existido un sobrecimiento y un muro sobre éste, pero no ha quedado evidencia de ello.



FIGURA 8. Cuadrículas 4 y 5. Excavación de la almena o balcón.

Luego del despeje de la vegetación y de la excavación se reconoció un balcón o almena de 1,60 x 1,60 m, abierto al exterior que enfrentaba un portezuelo y una explanada de suave pendiente en el lado ENE. En su interior apareció una concentración de piedras angulosas de entre 8 y 10 cm de largo, entre las cuales había fragmentos de cerámica. Además se encontraron algunas piedras rodadas de río. La función de la almena se interpretó como un recinto para reforzar la defensa de ese lado de la instalación que presentaba debilidades estratégicas en caso de ataque, debido a la mencionada explanada abierta.

Exactamente en el lado opuesto, en el extremo ESE, que contaba con la mejor vista al valle de Chada, se excavó una mocheta de 0,80 m, perpendicular al muro perimetral y que protegía un pequeño espacio. En su interior aparecieron fragmentos de cerámica y una concentración de 18 piedras rodadas de río. La función de este sector se interpretó como refugio para vigilancia.

El patio interior de la instalación no presentó restos de muros o estructuras y tampoco restos culturales. La arquitectura del sitio, en general, se presentó bastante descuidada y exhibió diferencias con respecto a las Ruinas de Chada, cuyos cimientos exhibieron un mejor acabado y un diseño arquitectónico mucho más elaborado. Todos los elementos apuntaron a una función táctica de control de la red vial que atravesaba el sector y, también, de refugio temporal para los habitantes del sector en caso de un ataque enemigo.

La visibilidad desde este sitio abarcaba, por el N, a Quebrada del Inca y al sendero antiguo hasta el portezuelo que lo conectaba con el Principal de Pirque; por el W, con los llanos de Paine y Buín y por el SW, con las Ruinas de Chada y el cordón de Angostura. Es posible que en días claros hubiera tenido

conexión visual con el pucara de Chena, situado unos 40 km más al norte.

Clasificación cerámica.

El material alfarero de este sitio se presentó muy fragmentado alcanzando la pieza mayor las siguientes medidas: 44 x 28,3 x 4,9 mm y 7 grs de peso. La mayoría tenía un promedio de 18 x 18 x 7 mm y un peso de 3 g. El total de los fragmentos encontrados fue de cincuenta. Salvo una pequeña lasca de obsidiana, las piedras rodadas de río y las mencionadas piedras del cimientó, no apareció otro elemento cultural. A continuación se proporcionan los resultados de los análisis realizados a los fragmentos cerámicos aparecidos en cada cuadrícula:

Cuadrícula 1

Primer nivel (0-5 cm): aparecieron dos fragmentos pequeños (2 g), uno de los cuales estaba partido y conservaba sólo una cara. Ambos presentaron sus superficies alisadas de color pardo oscuro. Su pasta era porosa, con antiplástico anguloso, de color negro y tamaño medio, bien distribuido y alta densidad. Tenía cocción oxidante incompleta con un núcleo gris que abarcaba el 70% de la pared. Su grosor era de 7,7 mm. Segundo y tercer nivel (6-10 y 11-15 cm): si bien, no se obtuvo alfarería, en el tercer nivel apareció un fragmento de lasca de obsidiana.

Cuadrícula 2

Primer nivel (0-5 cm): 2 fragmentos de 3 g de peso cada uno y pertenecientes a la misma pieza. Presentaron las superficies interiores y exteriores alisadas de color pardo claro. Su pasta era compacta, formada por granos finos y medianos, angulosos, de color claro, bien distribuido. La cocción era oxidante pareja; el grosor de la pared era 6,2 mm. La forma reconocible correspondió al de borde de un plato de 21 cm de diámetro, con labio simple, redondeado y levemente aguzado hacia el exterior.

Segundo nivel (5-10 cm): 7 fragmentos que en total pesaron 5 g. Todos parecían corresponder a piezas de la misma vasija. Presentaron las superficies alisadas de color pardo y una pasta compacta color rojizo con antiplástico anguloso, blanco, de tamaño medio y bien distribuido. La cocción era oxidante pareja. El grosor osciló entre 7,4 y 8,4 mm. Un fragmento muy pequeño se diferenció del resto por corresponder a un punto de inflexión y tener sólo 4,5 mm de espesor, por lo cual y de haber pertenecido a la misma pieza, debió corresponder a un borde o al asa de la vasija.

Tercer nivel (10-15 cm): 2 fragmentos de 3 g en total que correspondieron, muy posiblemente, a la misma pieza. Poseían las superficies bien alisadas, de color pardo claro. Su pasta era compacta, color pardo rojizo, con antiplástico de grano fino y mediano, anguloso, color blanco y regularmente distribuido. Su cocción fue oxidante pareja y su grosor osciló entre 4,5 y 5,6 mm.

Cuadrícula 3

No exhibió material cultural.

Cuadrícula 4

Nivel 1 (0-5 cm): se presentaron los siguientes fragmentos cerámicos:

- dos trozos de 5 y 4 g respectivamente. Posiblemente, correspondían a partes del mismo cántaro. Presentaron sus superficies interiores y exteriores alisadas, de color pardo-rojizo. El segundo fragmento tenía su superficie interior y la mitad de la pasta quemada (color negro). Las pastas eran muy compactas, de color pardo-rojizo, con antiplástico anguloso, color blanco, de tamaño mediano y grueso, irregularmente distribuido. La cocción fue oxidante completa en un caso e incompleta en el segundo. Los grosores de pared fueron 9,3 y 9,9 mm, respectivamente.

- tres fragmentos que pesaron 6 g en total, parecieron corresponder a la misma pieza. Poseían sus superficies alisadas de color rojizo. Su pasta era compacta, de color rojizo, con granos angulosos de color blanco,

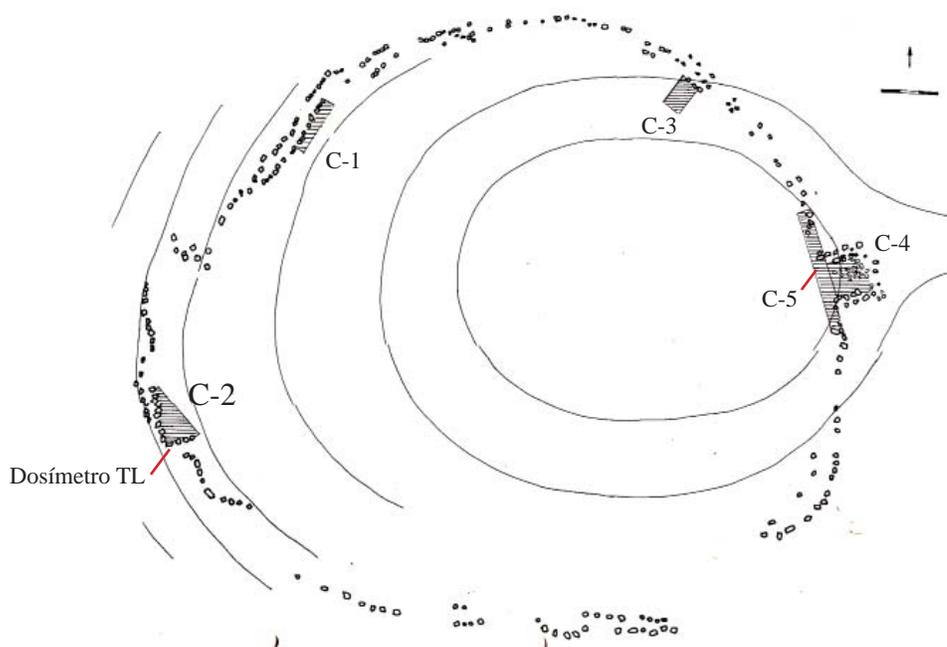


FIGURA 9. Planta del reduto fortificado de cerro El Peral con indicación de los lugares excavados y el lugar donde se enterró el dosímetro TL. En el extremo derecho se observa la almena o balcón y, en el extremo opuesto, la mochea.

tamaño mediano, irregularmente distribuido. La cocción fue oxidante completa y su grosor osciló entre 7,3 y 7,8 mm.

- dos fragmentos (5 g en total), presentaron iguales características a los fragmentos anteriores, excepto que la coloración de la pasta era gris oscuro producto de una cocción oxidante incompleta.

Nivel 2 (5-10 cm): se presentaron los siguientes restos:

- dos fragmentos que pesaron 4 g y correspondieron a una misma vasija. Presentaron superficies alisadas de color pardo-rojizo, con una pasta compacta, de igual color al de la superficie y antiplástico fino (escasos medianos angulosos), bien distribuido. Cocción oxidante pareja. Grosor de pared de 7,4 y 8,2 mm.

- un fragmento pequeño tenía iguales características a los dos anteriores, pero un grosor de 6,3 mm, por lo que pudo corresponder a otro cántaro.

- tres fragmentos que pesaron en conjunto 6 g, parecieron corresponder a restos de un plato o una vasija abierta. Poseían la superficie exterior alisada e interior pulida opaca, ambas de color anaranjado. Su pasta era compacta de color pardo claro y su antiplástico era fino con escaso grano mediano, anguloso y de color blanco. Los granos medianos estaban irregularmente distribuidos. La cocción fue oxidante pareja. Su grosor de pared era bastante uniforme de 5,8 mm. Es posible que se adscriban al tipo cerámico Aconcagua Anaranjado, variedad monócroma (Figura 10).

Un fragmento de 7 g pertenecería al mismo grupo cerámico, pero presentó algunas diferencias con los fragmentos anteriores. Correspondió a los restos de una forma abierta, seguramente un plato, de 24 cm de diámetro. Sus superficies eran bien alisadas de color blanquecino con un ligero tono anaranjado. Su pasta era compacta, de igual color, con antiplástico fino, bien distribuido. La cocción era oxidante completa y su grosor de 5 mm. Sus características la hicieron compatible con el tipo cerámico Aconcagua Anaranjado, el cual presentaba esta variedad blanquecina (caolín).



Figura 10. Fragmentos del tipo cerámico Aconcagua Anaranjado.



Figura 11. Fragmentos pardo alisados. Fueron enviados para datación por termoluminiscencia al Laboratorio TL de la Universidad Católica de Chile.

Protuberancia en el labio



Figura 12: fragmentos decorados de un plato ornitomorfo del período Tawantinsuyu. Aunque erosionados, conservaban restos de pintura negra y roja. El fragmento más grande exhibió la protuberancia en el labio, característica de esta forma cerámica.

Cuadrícula 5

Nivel 1 (0-5 cm): se obtuvieron las siguientes piezas:

- ocho fragmentos pesaron 17 g y parecieron corresponder a un mismo grupo cerámico. Presentaron sus superficies alisadas de color pardo-rojizo. Sus pastas eran compactas, de igual color que la superficie y antiplástico anguloso denso, de tamaño medio, color blanco, bien distribuido. Su cocción era oxidante completa en algunos casos y con núcleo gris desplazado al interior en otros. Su espesor de pared osciló entre 5,5 y 7 mm.
- un fragmento presentó similares características a los anteriores, pero su grosor de pared fue significativamente mayor: 8,4 mm, lo cual podría significar que perteneció al mismo grupo cerámico pero a distinta vasija.
- un fragmento de 8 mm de espesor y 4 g presentó parecidas características pero se diferenció del resto por poseer una pasta de marcado color negro producto de una cocción muy incompleta e incluso reductora.
- un fragmento correspondió a un labio simple y redondeado.

Nivel 2 (6-10 cm): se obtuvieron las siguientes piezas:

- nueve fragmentos pesaron un total de 6 grs. Correspondieron al mismo grupo cerámico del nivel anterior, definidos por las superficies alisadas de color pardo rojizo. Sus pastas eran similares y los espesores de pared oscilaron entre 6,7 y 8,1 mm. Aunque las cocciones tendieron a oxidante completa, se observaron sectores donde la combustión fue incompleta, con el característico color negro. No se pudo reconocer formas (Figura 11). Un fragmento fue fechado por TL (Universidad Católica de Chile).
- cuatro fragmentos que pesaron un total de 4 grs parecían corresponder a una misma vasija abierta, seguramente un plato (Figura 12). Presentaron sus superficies alisadas, de color pardo-rojizo, muy erosionadas. Sus pastas tenían color pardo, eran compactas con algunas porosidades circulares aisladas y laminares. Su antiplástico fue fino, anguloso, denso y de color blanco, bien distribuido. La cocción era oxidante algo incompleta y su espesor de pared varió entre 4,9 y 5,6 mm. El fragmento más interesante correspondió al borde de un plato con protuberancia en el labio, característica de los platos ornitomorfos incaicos. Pese a su elevada erosión, conservaba restos de pintura negra en su superficie interior, exterior y en el labio y, además, una mancha de pintura roja en su lado interior. Los tres fragmentos restantes conservaron una débil capa de pintura negra en la superficie exterior.

Interpretación de los restos cerámicos

A primera vista y, debido a su pequeño tamaño y escaso número, los fragmentos cerámicos no parecían decir gran cosa. Pero un análisis más detallado permitió extraer algunas importantes conclusiones.

En primer lugar, el mayor porcentaje de fragmentos correspondió al grupo de los no decorados, que alcanzaron el 92%, versus los decorados que ascendieron al 8%. En general, los no decorados pertenecieron a una misma familia tecnológica representada por un similar tratamiento de superficie y un mismo tipo de pasta. Así, la gran mayoría de las superficies, tanto internas como externas, estaban bien alisadas, lo cual era usual en formas abiertas como ollas y platos. En las formas restringidas como sería el caso de los jarros y tazas, el interior apareció peor alisado. La ausencia de asas, bases y puntos de inflexión, sugirió la preferencia por las formas redondeadas y simples en las vasijas, sin manillas. Respecto a las pastas, fue claro el predominio de las arcillas de color rojizo y pardo-rojizo. El antiplástico fue usualmente de grano fino y mediano, anguloso, de color blanco (seguramente cuarzos). Se lo preparó con esmero, aplicando el grano en forma densa, distribuyéndolo bien al interior de la pasta. La cocción fue mayoritariamente oxidante, completa, habiendo excepciones donde fue posible distinguir núcleos grises usualmente desplazados al interior de la pieza. Como resultado de esta preparación se obtuvieron cerámicas duras, compactas y bastante resistentes. Es interesante destacar que este grupo de cerámicas no decoradas apareció en todas las cuadrículas y todos los niveles excavados. Esta cerámica no se adscribió al tipo cerámico Aconcagua, si bien se adscribió al período agroalfarero tardío de la zona. Cabe destacar la ausencia de restos de origen hispano y colonial en el sitio.

Los fragmentos decorados y aquellos que pertenecían al tipo Aconcagua, procedieron de las

excavaciones efectuadas tanto al interior como en el acceso de la almena, lo cual reforzó la idea de que este recinto habría tenido una función distinta a la del resto del sitio. El hecho de que estos fragmentos correspondieran a formas abiertas, posiblemente platos, sugirió que aquí se consumieron los alimentos, mientras que la cocina y cocción se efectuó en otros sectores, posiblemente donde se encontraron los restos de ollas. Pese a que no se detectó cambios en la estratigrafía natural, llamó la atención que estos fragmentos aparecieron en el segundo nivel artificial (6-10 cm), lo cual podría significar que existieron dos momentos distintos de ocupación representados por el nivel 1 (0-5 cm) que sólo exhibió alfarería no decorada y, los del segundo nivel, que sí los tenía. En cualquier caso, lo exiguo de la muestra impidió extraer más conclusiones.

Pese al reducido número de fragmentos decorados, la mayoría pudo ser identificada. Un grupo correspondió a un plato ornitomorfo, con restos de pintura negra en la protuberancia del labio y en su interior, mientras que su exterior presentó restos de pintura roja. Este tipo de plato fue característico del período Tawantinsuyu y fue un elemento diagnóstico que permitió correlacionar este sitio con otros asentamientos del igual período, como el pucará de Chena (Stehberg 1976), el pucará de La Compañía (Planella *et al.* 1993) y las Ruinas de Chada (Stehberg *et al.* 1998a), que presentaron fragmentos similares.

Los fragmentos del tipo Aconcagua Anaranjado, pese a carecer de decoración, fueron diagnósticos porque pertenecieron a la población tardía pre-incaica e incaica que habitó la cuenca del Maipo-Mapocho y, permitieron relacionar este sitio con las Ruinas de Chada, donde se encontró asociado este tipo cerámico con grupos alfareros de origen diaguita-incaico (Stehberg *et al.* 1998a) y, con el sitio habitacional Potrero Las Turbinas, que fue ocupado desde tiempos preincaicos por población Aconcagua, la que recibió en un momento tardío, la influencia de grupos Tawantinsuyu (Planella *et al.* 1997).

Fecha absoluto

La escasez de material cerámico y su poca variación motivó el envío a laboratorio de fechado por termoluminiscencia de una sola muestra para datación absoluta. La muestra consistió en dos fragmentos pardo alisados procedentes del nivel 2 de la Cuadrícula 5. El resultado fue el siguiente:

| MUESTRA | Nº | DESCRIPCIÓN | P (Gy) | D (Gy/año) | EDAD (años AP) | FECHA |
|-----------|----|---|-------------|-----------------------|----------------|----------|
| UCTL 1706 | 1 | Sitio El Peral Cuad. 5 Estrato 2 Nivel: 6 – 10 cm | 1,54 ± 0,15 | 2,65*10 ⁻³ | 580 ± 55 | 1.425 DC |

Año Base: 2005

La fecha probable de inicio de la ocupación del sitio fue de 1.425 años d.C., con un margen de error de 55 años. En este caso, no fue necesario aplicar el sigma negativo, puesto que este fechado se ubicó en el límite inferior del período que los especialistas consideran como fecha de ingreso del Tawantinsuyu a la zona central del país (Stehberg 1991-92). En cambio, el sigma positivo fue perfectamente aplicable y dio el rango real en el cual pudo utilizarse el sitio, es decir entre 1.425 y 1.480 años d.C.

Este rango fue concordante con las dataciones TL obtenidas en los otros sitios incaicos del sector. Así por ejemplo, del muro 2 de las Ruinas de Chada se obtuvo la fecha de 520±50 A.P. (1.475 d.C.) mientras que del componente incaico del sitio Potrero Las Turbinas, los fechados oscilaron entre 1.475 y 1.490 y de la plaza intramuros de la instalación de Cerro Grande de la Compañía, las dataciones variaron entre 1.430 y 1.520 d.C. (Planella *et al.* 1993).

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Estudios arqueológicos y etnohistóricos previos habían demostrado la importancia del paso de Chada a través del cordón de Angostura como un punto estratégico importante para el Estado Inca (Odone 1997; Stehberg y Planella 1998). Por un lado, este relieve transversal representaba el límite sur del territorio ocupado por la Cultura Aconcagua – nombre arqueológico asignado a la población nativa del período tardío de los valles Maipo-Mapocho y Aconcagua- y, por otro, este paso constituía el portezuelo natural más expedito que conectaba las cuencas del río Maipo y río Cachapoal. Al incorporarse al Tawantinsuyu algunas importantes parcialidades de la población Aconcagua, el Estado Inca asumió como propia, al menos por un tiempo, la frontera representada por el cordón de Angostura y, como era característico, procedió a sacralizarlo y a construir allí algunas instalaciones arquitectónicas (Stehberg *et al.* 1996; Planella y Stehberg 1997).

Respecto de la sacralización del paisaje cabe destacar la veneración a Waira Wasi, la casa del Viento y, la construcción de la guaca denominada arqueológicamente Ruinas de Chada, ésta última dotada de un agujero sagrado central y solemnizada mediante la construcción de un complejo de fundaciones de piedra que incorporaban las concepciones duales, tripartitas y cuatripartitas con que se organizaba la división del espacio durante el Tawantinsuyu (Stehberg *et al.* 1998). Y, junto con todo esto, la ampliación hasta el lugar de la red vial y su proyección hacia el siguiente valle de Cachapoal, aseguraba el arribo de la energía humana y material necesaria para consolidar la expansión hacia más al sur. La toponimia del sector recogía esta tradición al asignar a uno de sus esteros el nombre de Quebrada del Inca.

La presencia de grupos Aconcagua en Chada quedó demostrada por la existencia de un extenso sitio arqueológico en Potrero Las Turbinas, ubicado al pie W de la cerrillada de las Ruinas de Chada, cuyos fechados absolutos de alfarería demostraron el origen pre-incaico del sitio, pero también, que se mantuvo habitado durante toda la fase de ocupación Tawantinsuyu. Asimismo, entre los fragmentos cerámicos aparecidos entre los sedimentos de las Ruinas de Chada, se registró alfarería de la Cultura Aconcagua en directa asociación a la cerámica diaguita-incaica que caracterizó al sitio, lo cual demostró la colaboración que se prestaron ambos grupos.

Cuando ya se pensó que el patrón de ocupación incaico de Chada estaba completo, apareció el sitio arqueológico de cerro El Peral, en directa asociación al sistema. De acuerdo a los estudios realizados, se trató de un reducto fortificado de cumbre, localizado en la margen izquierda de Quebrada del Inca, con amplia visibilidad hacia los valles colindantes y desde el cual se pudo observar, en primer lugar, la red vial que atravesaba el sector (Figura 2) y, en segundo lugar, las guacas representadas por las Ruinas de Chada y la Casa del Viento o Waira Wasi.

Los restos culturales encontrados en el sitio, la datación TL y los análisis arquitectónicos demostraron su adscripción al Tawantinsuyu. Asimismo, la presencia de fragmentos cerámicos Aconcagua y Diaguita-Inca, confirmaron la estrecha relación de este sitio con los demás yacimientos arqueológicos del sector, confirmando la contemporaneidad de la población involucrada en la ocupación de estas instalaciones. Por su parte, la existencia de una gran cantidad de fragmentos domésticos, no decorados, confirmó el carácter utilitario del sitio y, la presencia de rasgos arquitectónicos defensivos, junto a la existencia de piedras rodadas de río en el lado interior de los muros, confirmaron su función como reducto fortificado de cumbre.

A partir de los restos arqueológicos y etnohistóricos descubiertos, no dudamos en postular este sector como uno de los puntos de mayor significación dentro del proceso expansivo incaico de Chile central. Es de esperar que este rico patrimonio cultural pueda, en el futuro, ser conservado, valorizado y difundido en forma apropiada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ANDRADE, P., F. SILVA, F. MENGOZZI, P. URZÚA, R. CAMPBELL y J. HERNÁNDEZ.
2012 Influencias incaicas más allá del Cachapoal: el caso del sitio Palquibudi, cuenca media del Río Mataquito. Actas del XVIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena (Valparaíso, 2009): 341-350.
- BIBAR, G. DE
1979[1558] Crónica y relación copiosa y verdadera de los Reinos de Chile. Colloquium. Verlag. Berlín.
- COBO, B.
1964[1653] Historia del Nuevo Mundo. Biblioteca de Autores Españoles. Ediciones Atlas. Madrid, tomos 91 y 92.
- DILLEHAY, T. y A. GORDON
1988 La actividad prehispánica de los Incas y su influencia en la Araucanía. La Frontera del Estado Inca, 45 Congreso Internacional de Americanistas, Bogotá, Colombia 1985: 215-234.
- ODONE, C.
1997 El valle de Chada: La construcción colonial de un espacio indígena de Chile central. Historia 30: 189-209. Pontificia Universidad Católica de Chile.
- PLANELLA, M.T. y R. STEHBERG
1997. Intervención Inka en un territorio de la cultura local Aconcagua de la zona centro-sur de Chile. Tawantinsuyu 3: 58-78. Australia.
- PLANELLA, M.T., R. STEHBERG, B. TAGLE, H. NIEMEYER y C. DEL RIO
1993 La fortaleza indígena del Cerro Grande de la Compañía y su relación con el proceso expansivo meridional incaico. Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Chilena 1991, Temuco: 403-421.
- PLANELLA, M.T. y R. STEHBERG
1997 Intervención Inka en un territorio de la cultura local Aconcagua de la zona centro-sur de Chile. Tawantinsuyu 3: 58-78. Australia.
- STEHBERG, R.
1976 La fortaleza de Chena y su relación con la ocupación incaica de Chile Central. Publicación Ocasional del Museo Nacional de Historia Natural, Chile 23: 3-37.
- STEHBERG, R.
1991-92 El límite inferior cronológico de la expansión incaica a Chile. Xama 4-5: 83-89. Mendoza Argentina.
- STEHBERG, R., M.T. PLANELLA y H. NIEMEYER
1996 ¿Grupos diaguitas incaicos controlando una población Aconcagua en el sector de Chada al sur del río Maipo? Actas del Congreso Nacional de Arqueología Argentina. San Rafael.
- STEHBERG, R., M.T. PLANELLA y H. NIEMEYER
1998a Complejidad arquitectónica de las ruinas prehispánicas de Chada en la antigua ruta entre los ríos Maipo y Cachapoal. Xama 6-11: 53-64. Mendoza, Argentina.
- STEHBERG, R., M.T. PLANELLA
1998b Reevaluación del significado del relieve montañoso transversal de "La Angostura" en el problema de la frontera meridional del Tawantinsuyu. Tawantinsuyu 5: 160-165
- STEHBERG, R. y A. RODRIGUEZ
1995 Ofrendas Mapuche-Incaicas en el Cerro Tren Tren de Doñihue. Tawantinsuyu 1: 29-35. Australia.